

“Amar a los pobres”

El centro del carisma de Mary Ward*

Martha Zechmeister,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador.

To love the poore
persever in the same
live dy and Rise with them
was all the ayme
of
Mary Ward

“Amar a los pobres, perseverar en ello, vivir, morir y resucitar con ellos, ésa fue la finalidad de toda la vida de Mary Ward”. Así está escrito en su epitafio. Murió en York —aunque, por ser católica, tuvo que ser enterrada clandestinamente en Osbaldwick, un pueblecito cercano—. El epígrafe, que sólo se pudo poner sobre su tumba años después, fue escrito probablemente por Mary Pointz, junto con otras de sus primeras compañeras. Es emocionante captar con cuánta precisión ha quedado formulado en el texto lo más central e íntimo de Mary Ward y de su carisma.

1. Raíces ignacianas

Si consideramos el texto sobre la tumba como la síntesis densa de su vida, Mary Ward aparece como una mujer totalmente enraizada en el espíritu ignaciano. Por esa razón, nos fijaremos en primer lugar en el carisma ignaciano, por el que quedó configurada Mary Ward.

* Este artículo es una contribución para celebrar los 400 años de la fundación de la *Congregatio Jesu* en 1609. La fundadora, Mary Ward, fue la primera en la historia que retomó la espiritualidad de san Ignacio y las Constituciones de la Compañía de Jesús para la vida religiosa de mujeres.

1.1. El misterio del Dios trino y uno, y la pobreza apostólica

Ante todo es fundamental situar bien el problema, para lo cual pueden ser de mucha utilidad los textos “más íntimos” de san Ignacio, es decir, las pocas páginas que han quedado de su *Diario espiritual*. En ellas podemos apreciar cuán familiar es Ignacio con la Trinidad; su experiencia de que el Padre y el Hijo le muestran su mutua relación. Y cómo encuentra acogida y refugio en la intimidad de las divinas personas. Claridad, luz, calor, son las metáforas con las que Ignacio intenta describir el eco que evoca en él ese acontecimiento. Y con frecuencia casi sorprendente habla de las lágrimas que acompañan a esa experiencia abrumadora, de la que todo su ser quedaba inundado.

Para nuestras reflexiones es esencial notar que esta mística trinitaria de Ignacio, única en la historia de la piedad cristiana, no ocurre fuera de un contexto real, ni queda como suspendida en un ámbito puramente espiritual o inmaterial. Más bien le fue concedida como fruto de sus luchas interiores con un problema muy concreto. En los meses de los que nos habla el *Diario espiritual*, Ignacio lleva a Dios la pregunta cómo en aquella Compañía naciente debe ser concretamente vivido el voto de pobreza, y las directrices que para ello deben aparecer en el texto de las Constituciones. En lo posible Ignacio se decide finalmente por una interpretación literal, casi se diría “materialista”, de la pobreza religiosa. En ella no se trata solo de una actitud meramente interior o de algo “puramente espiritual”, sino “de no tener nada”¹, de tal manera que esa experiencia configure la realidad diaria de la vida en lo que toca a vivienda, ropa, comida, modos de viajar y recursos financieros.

Que estas realidades físicas, aparentemente “banales”, decidan si podemos participar en el misterio de la Trinidad, aparece con especial claridad en dos lugares del diario. El 23 de febrero de 1544 escribe: “Al preparar del altar, viniendo en pensamiento Jesús, un moverme a seguirle, pareciéndome internamente, siendo él la cabeza ‘o caudillo’ de la Compañía, ser mayor argumento para ir en toda pobreza que todas las otras razones humanas... y pareciéndome en alguna manera ser ‘obra’ de la santísima Trinidad el mostrarse o el sentirse de Jesús, viniendo en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo”². Siete años después, Ignacio todavía recuerda la visión mística de La Storta, un pueblecito cerca de Roma. En camino con sus compañeros para ponerse a disposición del Papa en la Iglesia, se le quedó grabada en el alma la experiencia en la que la Compañía de Jesús hundirá sus fundamentos: ser puestos con el Hijo por el Padre, pertenecer a Jesús, ser aceptados con Él por el Padre como hijos en el Hijo, ser aceptados

-
1. I. de Loyola, “Diario espiritual, 8. 9. 10. 11. febrero 1544”, en *Obras Completas de San Ignacio de Loyola. Edición manual*, Madrid, 1963, pp. 319-323. Las palabras de san Ignacio son citadas literalmente.
 2. *Ibíd.*, pp. 337s.

para el servicio en la “obra de la salvación”. Ser puestos con el Hijo significa también ser configurados según su imagen: “Quien siendo rico, se hizo pobre para enriquecerlos a ustedes con su pobreza” (2 Cor 8, 9). Esa “lógica” de la salvación y de la voluntad salvadora de Dios configura la existencia del “compañero de Jesús” y de la “Compañía de Jesús”.

Ya el 11 de febrero de 1544, doce días antes, el “desiderio de no tener nada” se le había impuesto con mayor claridad, y pide la confirmación divina. En ese contexto se lee: “me senté mirando casi en género el tener todo, en parte y no nada, y se me iba la gana de ver ningunas razones, en esto viniéndome otras inteligencias, es a saber, cómo el Hijo primero invió en pobreza a predicar los apóstoles, y después el Espíritu Santo, dando su espíritu y lenguas los confirmó, y así el Padre y el Hijo, inviando el Espíritu Santo, todas tres personas confirmaron la tal misión”³.

Ignacio comprende aquí la misión de los apóstoles como obra de la Trinidad, lo que es notable en muchos aspectos. De esa manera remite la misión del discípulo de anunciar el Reino de Dios a la misión del Hijo enviado por el Padre para “salvación del género humano”: los seres humanos que se dejan ser puestos al servicio de la obra de salvación, son insertados al mismo tiempo en las relaciones en el seno de la Divinidad. Al participar del Espíritu Santo, el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo, reciben también el “don de las lenguas”. En la medida en que han sido llevados al interior de la intercomunicación dentro de la Divinidad, se les concede también la “competencia comunicadora” y son autorizados a anunciar con toda sinceridad la palabra de Dios (Hech 4, 31).

Merece la pena, sin embargo, fijarse en otro aspecto de ese pequeño pasaje del diario: Ignacio dice explícitamente que el Hijo envía a los apóstoles a “predicar en pobreza”. El servicio de anunciar el Reino de Dios y la pobreza como forma de vida del apóstol son esencialmente inseparables. Para quien quiera servir al Reino de Dios la pobreza, como estilo de vida, no es en modo alguno un ejercicio ascético voluntario, sino *conditio sine qua non*, o sea, presupuesto indispensable: “No lleven nada para el camino, ni bastón ni bolsa ni pan ni dinero ni segunda camisa” (Lc 9, 3). La pobreza del apóstol no es un añadido secundario, sino que es constituyente. Sin ella, la palabra de su predicación queda sin fuerza y sin autoridad.

No es de extrañar que esta exigencia aparezca en la *Formula Instituti*, el diseño fundamental de la orden que Ignacio presenta al Papa: “Y porque hemos experimentado que aquella vida es más suave, y más pura, y más aparejada para edificar al prójimo, que más se aparte de la avaricia y más se allega a la pobreza evangélica; y porque sabemos que Jesucristo nuestro Señor proveerá de las

3. *Ibíd.*, p. 322.

cosas necesarias para el comer y vestir a sus siervos, que buscan solamente el reino del cielo, queremos que de tal manera hagan todos los votos de Pobreza”⁴.

Entre sus hermanos, san Ignacio atribuye a Jerónimo Nadal sobre todo el haber comprendido lo esencial de su carisma. Por eso le envía a él para hacer visitas en las casas de la orden e interpretar auténticamente las Constituciones. Nadal precisa acertadamente la nota específica de la visión ignaciana del voto de pobreza. Los que pertenecen a la “Compañía de Jesús”, por su identidad, son apóstoles itinerantes que comparten la forma de vida del pobre “Rabbi” itinerante, Jesús.

Saben que su fin preestablecido es preocuparse por la salvación y perfección de todas las almas... Entienden que no es lo suyo edificar ni poseer muchas casas para salir de ellas a la lucha. Con estos presupuestos consideran como habitación tranquilísima y segurísima suya peregrinar perpetuamente, moverse alrededor de todo el orbe terráqueo, no tener habitación alguna en ninguna parte. Siempre son forasteros, siempre mendigos, esforzándose solamente en imitar a Cristo, quien no tenía donde reclinar la cabeza, y quien pasó en peregrinación todo el tiempo de su predicación.⁵

1.2. Solo sirviendo a los pobres la pobreza del apóstol se muestra auténtica

Nadal no se cansa de inculcar esa vida “sin casa” como la forma habitual de existir para un jesuita, y de inculcar el camino como su “casa” propia. Al jesuita no se le ha encargado construir casa y vivir sedentariamente, ni construir “obras apostólicas” impresionantes, sino estar dispuesto a marchar allá donde haya seres humanos amenazados o en situaciones peligrosas. Sobre todo hay que dar preferencia a los que nadie tiene en consideración, a los que “no importan” a nadie:

No está en las casas de los profesos el lugar de habitación principal y específica de la Compañía, sino en las peregrinaciones... Peregrinando deben buscar con esmero aquellas ovejas que perecen para llevarlas a Cristo. Esto es lo que caracteriza nuestra vocación que hemos aceptado de Dios y de la Iglesia: preocuparnos de aquellos de quienes nadie se preocupa. Así, en la humildad nuestra en Cristo, la Compañía parece hacerse semejante al estado de los apóstoles.⁶

Según esto, la pobreza del apóstol no está al servicio, en primer lugar, de su “santificación personal”. “Ser pobres” no es por sí mismo algo apetecible ni tampoco es una virtud. “Pobreza” significa carencia, una necesidad contra la que hay que luchar. La pobreza del apóstol corresponde al servicio al que está

4. *Ibíd.*, pp. 412s.

5. *Monumenta Historica Societatis Iesu* (MHSJ), tomo 90, pp. 773s.

6. *Ibíd.*, pp. 195s.

llamado y en el que participa en la misión y el espíritu de Jesús, el espíritu que lo conduce a anunciar la buena noticia a los pobres y a poner en libertad a los oprimidos (*cfr.* Lc 4, 18). Pobreza es la forma de vida que se exige del apóstol, porque los destinatarios privilegiados de su mensaje son los *pobres*. Ellos, los que de ningún modo han hecho una “opción religiosa” por la pobreza, son hoy, como en los tiempos de Jesús, la mayoría absoluta de la población mundial. Una economía mundial que obedece a reglas inhumanas y a la codicia de los ricos les impone esa pobreza como destino cruel. Nadie puede anunciar el Reino de Dios, nadie puede ser, en serio, apóstol de Jesucristo, si no deja que esa miseria de los muchos, que clama al cielo, hable a su corazón, y si no se compromete con toda su existencia a liberarlos de su miseria.

En el primer párrafo de la *Formula Instituti* Ignacio define solemnemente el fin para el cual la “Compañía de Jesús” ha sido fundada: la “defensa y la propagación de la fe” y “la ayuda de las almas”. Para servir a ese fin, en este párrafo no se hace ninguna separación, ni menos “cisma”, entre “servicios espirituales” y “obras corporales de misericordia”. Tampoco aparece superioridad o necesidad de atender privilegiadamente a una cosa sobre la otra. El texto dice, más bien, de toda la Compañía de Jesús lo siguiente: “Y también es instituida... para socorrer y servir con obras de caridad a los presos de las cárceles y a los enfermos de los hospitales, según juzgáremos ser necesario para la gloria de Dios y para el bien universal. Y todo esto ha de hacer graciosamente, sin esperar ninguna humana paga ni salario por su trabajo”⁷.

En la solidaridad y en el servicio sincero y perseverante en favor de los que son pobres en sentido muy real, se verifica la pobreza del apóstol como forma de vida auténtica y creíble. O la pobreza apostólica se realiza en servicio de quienes carecen de comida, agua limpia y otras cosas indispensables, como salud y educación, o se queda en “virtud piadosa” irreal y como tal sin ningún valor para el Reino de Dios.

La instrucción que escribió Ignacio en el siglo XVI al Maestro Bastiano Romei en Ceprano sigue siendo una exigencia para la Compañía de Jesús hasta el día de hoy: “Busquen a los enfermos y a los pobres que estén en el país sin refugio y se esfuercen a ayudarles; y si son prisioneros, los visiten. Y de la parte de los ricos o de los que estén mejor en ese país, intenten recibir ayuda para ellos, para que hagan bien, a unos corporal, a otros espiritualmente”⁸.

Quienes se dicen inspirados por el carisma ignaciano tienen que forcejear con esta pregunta: cómo vivir con esta exigencia de san Ignacio, cuando la humanidad entera y las sociedades en sí mismas se dividen cada vez más entre

7. *Obras Completas...*, *óp. cit.*, pp. 410s.

8. I. de Loyola, *Briefe und Unterweisungen*, Deutsche Gesamtwerke Bd. 1, Würzburg, 1993, pp. 431s.

los pocos que se hacen cada vez más ricos y los muchos que se siguen empobreciendo. Quien sigue a Ignacio y su lógica da un servicio espiritual a los “ricos”, “a quienes les va mejor”, moviéndoles a la compasión, a ayudar activamente a los que están en la miseria.

2. El amor a los pobres: elemento esencial del carisma de Mary Ward

De varias formas se confirma que el texto de su epitafio puede ser considerado, acertadamente, como la fórmula-síntesis de la vida de Mary Ward —ante todo porque en su *Institutum* del 1621/22, el documento fundacional de la *Congregatio Jesu*, asume en forma muy audaz el texto de la *Formula Instituti* de San Ignacio—. La visión de la Mary Ward fundadora: “Take the same of the Society” —“Toma lo mismo de la Compañía” vale también, por supuesto, para la interpretación del voto de pobreza y de la importancia central que en la auto-comprensión de la orden de Mary Ward tiene desde el principio el servicio a los pobres—.

2.1. La práctica de Mary Ward

En las primeras biografías se encuentran una serie de apuntes que muestran esta orientación fundamental que para ella fue realidad vivida. Quienes vivieron con ella cuentan con cuánto respeto y delicadeza entraba en contacto con los pobres. “Como tenía mucho amor a la pobreza, también llevaba a los pobres en su corazón. Por eso, cuando les daba limosnas, lo hacía con respeto y palabras amables. Cuando otros les daban de comer, quería que lo hiciesen con la misma limpieza y aseo como si se tratara de su misma persona... porque estaba convencida de que en los pobres se sirve a Cristo hecho hombre. Cuando los pobres, con frecuencia, le pedían limosna en la calle y ella no tenía nada que darles, respondía siempre de manera muy cordial, diciéndoles que sentía mucho no poder satisfacer su petición”⁹. “En el servicio a los pobres Mary Ward criticaba que se sirvieran dos comidas distintas en el mismo plato o que las bandejas no estuvieran tan limpias como cuando se servía a personas más nobles”¹⁰.

En una carta que Mary Ward escribió en 1624 desde Perugia a la superiora de Nápoles se ve que rechazaba claramente no admitir mujeres jóvenes que querían ingresar a su instituto, solo porque no tenían dote. Y en esto se mantuvo firme en contra de algunos jesuitas que favorecían la práctica contraria: “En tu última carta leí que querían ingresar unas jóvenes, pero que fueron rechazadas por los padres de la Compañía de Jesús porque no tenían dote. Eso me disgustó mucho. No se debe cerrar a las pobres el ingreso a nuestra compañía. En este

9. *Vita italiana* [70], en U. Dirmeier (ed.), *Mary Ward und ihre Gründung, Die Quellentexte bis 1645*, Münster, 2007, Bd. 4, p. 144.

10. *Vita inglesa* [86v], en U. Dirmeier (ed.), *óp. cit.*, Bd. 4, p. 83.

asunto la autoridad de los padres no te debe hacer cambiar”¹¹.

Mary Ward reconoce que sería una peligrosa perversión que quienes son literalmente pobres no fueran aceptadas como compañeras de Jesús, de modo que las posesiones fueran un presupuesto necesario para ser admitidas en la orden. Percibe bien esa lógica perversa y paradójica, y por ello no la entiende como un incidente cualquiera, sino como algo que pone en peligro la esencia de su fundación. Alejándose de todo servilismo, decididamente rechaza, en ese punto, la opinión contraria de algunos jesuitas. Un nuevo episodio en Nápoles, del que da cuenta la *Vita inglesa*, muestra el vigor moral de Mary Ward en esta cuestión:

Su caridad no conocía diferencia entre las personas ni por sus nacionalidades ni calidades ni condiciones. Lo que tenía, lo tenía más para darlo que para poseerlo. Un comerciante en Nápoles, el cual le debía 1000 coronas, estaba en peligro de bancarota. Como ella era la acreedora principal, un sacerdote religioso, a cuya orden el comerciante debía mucho menos, intentó persuadirla a hacerlo prender, para que después todos los demás habrían tenido el derecho de agredirle. Ella contestó: “Esto sería la perdición para él y, por consiguiente, para toda su familia”. Ese sacerdote le respondió diciendo que sería en contra de la sabiduría no embargarlo, y así iba a perder todo. Entonces ella contestó: “Y es contra la caridad arruinar a una familia pobre”. Añadió que rezaba para que Dios la protegiese de una sabiduría que haría mal a la caridad. Y dijo eso con tanta abominación, como si no pudiera imaginarse cómo alguien pueda esperar ser salvado quien no piense en la misma manera. Y Dios le regaló la consolación de que su paciencia humana tuvo buenas consecuencias. Nos dio como regla que el amor del prójimo tenga siempre la prioridad delante de la inteligencia, porque inteligencia humana y caridad difícilmente pueden estar juntas y que la mayoría de los hombres se hacen gran daño a ellos haciendo por complacencia lo que, en realidad, sería su supremo deber. Que estamos obligadas a dar nuestras vidas para las almas de nuestros prójimos y nuestros bienes para sus vidas, no lo superfluo sino lo que sentimos en realidad.¹²

Es claro que Mary Ward tenía, en conjunto, una “lógica” muy suya por lo que toca a las cosas de dinero. Lo dejó muy en claro en 1630, viajando desde Roma hasta Munich, en situación de penuria, la que continuamente le acompañaba: “Tengo una buena solución para que nuestro dinero siempre sea suficiente: si nunca negamos limosna a ningún pobre”¹³.

En 1631, Urbano VIII, a través de una Bula, ya había suprimido el instituto de Mary Ward. La ciudad de Munich estaba sacudida duramente por la situa-

11. *Ibid.*, Bd. 2, p. 60.

12. *Vita inglesa* [84v – 85r], en U. Dirmeier (ed.), *óp. cit.*, Bd. 4, 81f.

13. *Vita inglesa* [39v], en U. Dirmeier (ed.), *óp. cit.*, Bd. 4, 38f.

ción caótica de la Guerra de los Treinta Años, y allí estaban las hermanas, solo porque eran toleradas por el príncipe elector, quien ya les había dado dinero dos veces para que pudiesen marcharse definitivamente. Como también el príncipe estaba en bancarrota, nuevas ayudas llegan con gran escasez. Las hermanas, consideradas ahora oficialmente como comunidad de laicas, en 1635 consiguieron permiso para abrir de nuevo su colegio. Las lecciones eran gratis, y solo para el internado había que pagar una pensión. En la situación de penuria, en la que las hermanas casi no sabían incluso de qué vivir, Mary Ward escribió a la superiora Winefried Bedingfield:

¡Mi querida Winn! Jesús no permita que pidas un centavo para ventanas, madera o cualquier otra cosa a ningún niño, al que das clase. ¡Por gracia de Dios!, si haces esta obra de caridad, no la hagas nunca por dinero, como no se puede esperar otra cosa de ti; si no fuera así, querida Winn, sigue mi consejo y no hagas nada. ¡Vale!¹⁴

Al mismo tiempo, la hermana Anna Röhr, la primera alemana que había ingresado, empezó a recoger a numerosos huérfanos por causa de la guerra. Las niñas, recibían comida, habitación y clases, sin tener que pagar por ello. Al principio llevó a las niñas consigo a la Paradeiserhaus. Después cuando ésta se quedó pequeña, consiguió, con grandes esfuerzos económicos, una casa propia para los niños en Löwengrube no lejos de la Paradeiserhaus. En los primeros años las hermanas recibieron limosnas sólo en algunas ocasiones, y no había entradas fijas. Se conocen dotaciones para la “casa de las niñas pobres” solo desde 1711 a 1717. En los peores momentos, las hermanas se dedicaron a ayudar a las más débiles, solo con la confianza de que llegarían suficientes donaciones para mantener el funcionamiento de la casa.

En el siglo XVIII la superiora general austríaca Franziska Freiin Hayden zu Dorff fue acusada de no hacer diferencias entre las niñas que pagaban y las que no pagaban. Respondió que el dinero que pagaban las alumnas “ricas” sólo era cristiano si algo de ese dinero fuese en beneficio de las alumnas más pobres.

2.2. El proceso reciente de la orden

“Amar a los pobres” y ayudar activamente a gente en necesidad, forma parte, desde el principio, de las mejores tradiciones de la *Congregatio Jesu*. Desde la congregación general de 1993, y unido a la intención de mayor fidelidad al carisma fundacional, se desarrolló un proceso en el que la comunidad se hizo cada vez más consciente, y con nuevo vigor, de la herencia recibida. Ciertamente sirvió de inspiración el ejemplo y la historia reciente de la Compañía de Jesús, tal como se condensó en el famoso texto de la Congregación General XXXII de

14. *Ibíd.*, Bd. 3, p. 486.

los jesuitas: “¿Qué significa ser Jesuita hoy? ¿Qué significa ser compañero de Jesús? Comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige”.

Por un lado, en la *Congregatio Jesu* se impuso cada vez más que su servicio a la fe no consiste solo en el apostolado de la educación, sino que el compromiso social forma igualmente parte de sus deberes y actividades. Por otro lado se creció en lucidez: para “amar a los pobres” no sería suficiente realizar obras de beneficencia o actividades sociales. Este amor exige más bien el compromiso valiente y creativo con la justicia y la lucha contra estructuras que llevan a seres humanos a la pobreza. Además, ese proceso anima a revisar la forma de vida de cada una de las compañeras y de la orden en conjunto. Pues “amar a los pobres” no significa sólo que las hermanas se esfuercen en favor de los pobres sino también que vivan con ellos. Ese desarrollo en la orden se expresa en el documento final de la conferencia social en Allahabad (India). La opción por los pobres se concreta sobre todo como opción por mujeres y niños desfavorecidos, pues ellos son en todo el mundo las víctimas menos protegidas contra la pobreza y la injusticia.

Continuamos preocupadas por la mujer, quien es discriminada, sufre desventajas, tiene menos seguridad social, y menos posibilidades de educación, salarios más bajos, y es explotada sexualmente. Por esto confirmamos nuestra opción por la mujer que está en inferioridad de condiciones, dándole esperanza. Extendemos esta preocupación hacia los niños, especialmente hacia los que están marginados. Ellos necesitan ayuda y protección porque en muchos lugares son los más pobres, los más explotados, los más despojados material y emocionalmente... Esto requiere una genuina inserción para que, estando con los pobres podamos ser agentes de cambio, especialmente desafiando las estructuras injustas. Necesitamos revisar, evaluar y reestructurar todos nuestros ministerios haciendo la opción por los pobres una realidad...

Buscamos vivir nuestra misión desde el profetismo, en el espíritu de Mary Ward, con una profunda experiencia de “Jesús pobre”. Es necesario que reconozcamos que todos nuestros ministerios tienen una dimensión social, pero la respuesta variará de acuerdo a cada país en particular. “Fe que construye justicia” tiene que ser vivido en el contexto cultural.¹⁵

3. “Amar a los pobres”. Misión de la *Congregatio Jesu* hoy

El motivo fundamental, “amar a los pobres”, ha estado vigente durante los cuatro siglos de la historia de la *Congregatio Jesu*, desde la vida de Mary Ward hasta la conferencia social de Allahabad. Para terminar, intentaremos presentar, resumidamente, esta herencia y preguntar qué significa hoy para la orden y su práctica.

15. Mensaje de la Conferencia Social 2006 de la *Congregatio Jesu*, en Allahabad/Indien.

3.1. La riqueza separa de Dios, de Jesús y del Reino de Dios

En primer lugar, por poco “sofisticado” que suene, y por desagradable y escandaloso que pueda sonar, Ignacio y Mary Ward nos dejan un mensaje claro a los que quieren unirse a ellos como compañeras o compañeros de Jesús: “la riqueza” nos separa de Dios y de nuestros hermanos y hermanas, seres humanos. Es el obstáculo principal y más fundamental para seguir a Jesús.

La tabla 38 de la “Vida pintada” de Mary Ward¹⁶ nos puede ayudar a ilustrarlo. Debajo está escrito: “Mary en Roma en el año 1625, en la fiesta de San Pedro *ad Vincula*, cuando recomendó muy fervientemente su instituto a Dios, conoció claramente que el bienestar, la continuidad y la seguridad de todo ello no está en riqueza, posición alta o favor de príncipes, sino que sus miembros tienen acceso libre a Dios, de quien viene toda fuerza, luz y protección”. En forma ingenua la imagen hace ver cómo Mary Ward, rezando en la Iglesia de san Pedro, está en contacto con Dios Padre por un chorro de luz y de vivos colores. Al lado de Mary se amontonan, en forma de montaña, tesoros de oro, coronas, cetros y espadas. Y esos símbolos de dominio y poder han caído para ella en un basurero, pues Mary ha encontrado su seguridad en Dios. Y a la inversa, la imagen hace ver cómo la acumulación de posesiones y de poder puede crear rápidamente una barrera insuperable que nos separa de Dios y nos impide tener libre acceso a Él.

Ese mismo lenguaje “ingenuo”, y a la vez claro, es usado en la “meditación de las dos banderas” de san Ignacio¹⁷. Contraponen las estrategias de los dos “capitanes”: Cristo y Lucifer. Los dos intentan ganar a los hombres para sí. Lucifer, “mortal enemigo de nuestra humana natura”, exige a sus demonios “que primero hayan de tentar de cobdicia de riquezas, como suele *ut in pluribus*”. Por su parte, Cristo envía a sus “siervos y amigos”, “encomendándoles que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a summa pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual”. Claramente, la “cobdicia de riquezas” es para Ignacio, la puerta principal por la que el Diablo más fácilmente empuja a entrar a los hombres bajo su poder, para construir, así, su reino inhumano de coacción y violencia. Cristo no fuerza, sino que invita, desea crear relaciones y libertad. Sin embargo, trabajar con Él, para que el mundo se convierta en un “lugar humilde, hermoso y gracioso”, presupone como primer paso estar prontos a la pobreza. Quien no puede abandonar “las riquezas”, se excluye a sí mismo de la comunidad con Él.

Lo que Ignacio y Mary Ward expresan en el lenguaje figurativo de su época, y que le parece exagerado, radical e inaceptable al ser humano moderno, no es

16. Son 50 tablas de la segunda mitad del siglo XVII, en las que se ven escenas centrales de su biografía.

17. I. de Loyola, *Ejercicios espirituales*, nn. 136-147.

otra cosa que el sencillo mensaje del mismo Evangelio. Así, san Marcos cuenta en su evangelio la historia de un joven que quiere hacer algo más que cumplir los mandamientos. Jesús siente cariño por él y le dice: “Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; ven y sígueme”. Jesús dice claramente que dejar las riquezas es presupuesto necesario para vivir con Él. Para el joven rico, era una exigencia excesiva. “Afligido por estas palabras, se fue triste, porque era dueño de muchos bienes”. Y Jesús dijo a sus discípulos: “Hijos, ¡qué difícil será para los que tienen riquezas entrar en el reino de Dios!”. Y como los discípulos se espantaron al oír esto, Jesús añadió: “¡Qué difícil es para un rico entrar en el reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de Dios” (*cf.* Mc 10, 21-25).

3.2. Contra la “espiritualización hipócrita del Evangelio” (Dietrich Bonhoeffer)

Es conocida la larga tradición de suavizar estos textos. A lo largo de los siglos de cristiandad todo el arte de la interpretación se ha aplicado a relativizar las exigencias de Jesús y hacerlas, así, “vivibles”. Solo pocos se han arriesgado a protestar contra ello. Uno de ellos es Dietrich Bonhoeffer, el pastor luterano a quien asesinaron los nazis en el campo de concentración de Flossenbürg. En su sermón sobre la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro plasma claramente el mensaje: quien tiene bienes superfluos y no da a quien perece ante su puerta, pierde su salvación eterna. Al finalizar este sermón Bonhoeffer casi grita: “¿De dónde esta loca soberbia de espiritualizar las cosas que Cristo vio muy concretamente? Hay que terminar con esta vergonzosa e hipócrita espiritualización del Evangelio. ¡Que lo tomen como es, o que lo odien de verdad! ¿No es realmente cínico hablar de consuelo celestial porque no se quiere dar consuelo terrestre? (...) ¿No muestra que en el fondo no toman en serio la miseria, sino que cínicamente se esconden tras frases piadosas?”¹⁸.

En la “meditación de las dos banderas” la “pobreza espiritual” no es el estado más excelso, el “más espiritual”, de modo que quedara relativizada la realidad exterior del poseer o no poseer. En realidad, para Ignacio es al revés: la “pobreza espiritual” es el primer escalón, para pedir, subiendo desde ahí, la “pobreza actual”. O como dice Hans Urs von Balthasar, la “pobreza exterior” en la que uno no tiene bienes materiales. Escribiendo sobre las tres maneras de humildad Ignacio dice algo semejante: “La tercera es humildad perfectísima, es a saber... por imitar y parecer más actualmente a Christo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Christo pobre que riqueza” (*Ejercicios espirituales*, 167). No usa en absoluto el lenguaje de “tener como si uno no tuviera”, ni habla de “pobreza

18. D. Bonhoeffer, “Sermón sobre Lc 16, 19-31”, en *Dietrich Bonhoeffer Werke*, Bd. 11, p. 430.

como actitud espiritual fundamental”. En la vida concreta hay que ser semejantes al pobre *rabbi* itinerante, Jesús: en la realidad, aquí y ahora. Ignacio sabe muy bien que pide demasiado a quien elige ese camino, y de ahí su formulación complicada: “siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad”. Ser semejantes a Cristo no es el resultado de esfuerzos personales, morales o ascéticos, sino que es elección y gracia. Pero si uno se deja agarrar por esa gracia, entonces su vida concreta, corpórea, real, asumirá rasgos cada vez más “jesuánicos”.

El “dogma” fundamental del sistema económico universal que gobierna todo el mundo en esta época de globalización es el siguiente: hay que dar paso libre a la tendencia natural de los seres humanos de acumular la mayor riqueza posible, pues solo así puede haber crecimiento y progreso para todos. Solo si crece la riqueza de los ricos, poco a poco, también algo de esa riqueza puede “filtrarse” hacia abajo hasta llegar a los pobres (“*Trickle-Down Theory*”). Es cierto que este sistema está ahora en la peor crisis de su historia, pero quienes están en posición de tomar decisiones, en economía o en política, están muy lejos de cuestionar el sistema como tal. Más bien hacen enormes esfuerzos, muchas veces a costa de los más vulnerables, para volverlo a estabilizar y hacer que siga funcionando.

Al intentar comprender de forma novedosa la “meditación de dos banderas” en el contexto de la situación actual de los mercados financieros internacionales hay en san Ignacio un mensaje de gran actualidad: Hay algo de verdaderamente demoníaco cuando los recursos materiales ya no son instrumentos que sirven a la vida, la propia y la de otros, cuando la pasión por acumular recursos y la codicia de conseguir beneficios por medio de ellos se convierten en fuente de perverso placer. Cuando se especula con espantosas sumas de dinero, cuando se juega, como en una partida de póker, con la vida y la muerte de millones de seres humanos, entonces se está echando verdadera y realmente “redes y cadenas” (san Ignacio en la meditación de las dos banderas) por todo el mundo, y rige en él un dominio “horrible y espantoso”. En este proceso es casi imposible apuntar a qué personas están actuando y asignarles su responsabilidad. Porque es propio de “demonios” no tener rostro y existir a-personalmente. Su identidad se esconde tras una peligrosa nube de “fuego y humo”.

Nosotros, los cristianos, estamos poco acostumbrados a poner en relación los hechos con que nos inundan a diario los medios de comunicación con el Evangelio y con nuestra fe. El lenguaje religioso que normalmente usamos se preocupa mucho de no “ensuciarse” con la realidad del mundo exterior, sino que permanece etéreo y vacío de realidad. Y sin embargo, si no le queremos robar su sentido al Evangelio, hay que oponer muy claramente la “lógica de Dios” a la lógica del mundo. De acuerdo a la lógica divina, la verdadera “salvación” no genera la tendencia natural del hombre a ganar beneficios, ni a consolidar y asegurar su bienestar individual, de modo que uno se pueda “permitir el lujo” de la beneficencia frente a los perdedores. Dios pone completamente patas arriba esa

“lógica del mundo”. No es un “benefactor” rico, sino que nos salva no reteniendo nada para sí mismo. Se asemeja totalmente a los que no tienen nada, se hace débil y vulnerable. San Pablo pide a todos los cristianos que hagan de esa “loca” actitud de Dios la regla de su propia vida: “Exista, pues, en ustedes esta actitud que tuvo también Cristo Jesús” (Fil 2, 5). Si no se dulcifica con retórica piadosa lo que dicen estos textos hay que reconocer que, según la “lógica del mundo”, sólo nos puede llevar a la bancarrota económica o a la catástrofe. Pero en verdad el camino evangélico es la salvación frente al egoísmo colectivo, que, con una lógica mortal, lleva a la catástrofe universal. Volvamos a san Ignacio. La dinámica que lleva a dar muerte a seres humanos, desencadenada por la “codicia de riquezas”, no puede ser frenada en base a mera moderación y limitación de daños. Hay que cambiar radicalmente la dirección: hay que desear más “pobreza con Cristo pobre” que las riquezas del mundo, desear más “ser estimado por vano y loco por Cristo... que por sabio ni prudente en este mundo”¹⁹.

3.3. El voto de pobreza: profesión pública de la “lógica de Dios”

Ante el hecho de profesar pública y solemnemente vivir según el consejo evangélico de pobreza, los religiosos y las religiosas deberían sentir un “espanto sagrado”. Confiesan, en efecto, pública y definitivamente, aceptar esa “loca lógica divina” y estar dispuestos a dejar que ella configure su propia existencia. Quien, con retórica piadosa, diluye el desafío y la exigencia evangélica que todo esto significa, corre el riesgo de que la vida religiosa se convierta en una farsa piadosa.

Ante la aplastante realidad de que al menos 1.2 mil millones de seres humanos viven en pobreza extrema, es decir, pobreza que amenaza la vida, es evidente que, en el contexto de la vida religiosa, no se debiera usar con ligereza la palabra “pobreza”. 963 millones de seres humanos sufren hambre²⁰, y más de 30 millones huyen de la violencia masiva²¹. Y estas cifras, más que desvelar la realidad de la pobreza, la ocultan, porque impiden además que tome la palabra el destino de cada persona individual y los terribles sufrimientos que se esconden tras las cifras frías. Pero al menos debiera quedar claro que sería vergonzoso que alguien que puede comer lo suficiente tres veces al día, tiene vivienda, trabajo y seguro médico, se llame “pobre”.

Si los religiosos y religiosas, decidida y autocríticamente, dejan de autojustificarse, ¿cómo pueden, con honradez, aventurarse a vivir el consejo evangélico de la pobreza? ¿Cómo pueden vivir “la pobreza”, si es evidente, de antemano,

19. I. de Loyola, *Ejercicios espirituales*, nn. 167.

20. Organización de las Naciones Unidas por la Agricultura y la Alimentación, *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo*, 2008.

21. Estadística de UNHCR (UN Refugee Agency), enero de 2009.

que sería hipocresía negar la diferencia entre su decisión libre de renunciar a las posesiones y la miseria, impuesta como destino, de la cual es casi imposible escapar, y que daña la vida, la dificulta y la extingue? Es claro que siempre habrá forcejeos en la respuesta a esta pregunta, que habrá que asumir con la propia existencia. Pero intentemos en breves líneas, ofrecer al menos lo que nos parece fundamental.

Las congregaciones religiosas deberán ser “terapia de *shock* del Espíritu Santo”, decía Johann Baptist Metz en los años setenta²². Hoy, tanto en la Iglesia como en la sociedad, parece se dice en voz “más baja”. Pero de esa forma no desaparece en absoluto la pregunta crítica, que se esconde en todo lo que acabamos de decir. En una vida según el consejo evangélico de la pobreza, ¿no debería ser lo primero convertirse en una poderosa “acción profética”, una señal de “salirse” voluntaria y provocativamente de la carrera febril por conseguir recursos y poder, y buscar decididamente la cercanía de los “perdedores”, quienes en nada nos pueden servir para “hacer carrera” nosotros? Una tal acción desenmascara el “pecado del mundo”: la cruel separación entre “los que forman parte” de la realidad, y los excluidos y superfluos. Desenmascara lo frío e inhumano de interrelaciones que solo calculan e instrumentalizan al otro en la medida en que sirve para mi propia carrera —lo que en el *Business-Sprache* moderno se llama “*networking*”—. Quien vive los consejos evangélicos no divide a la humanidad en dos: aquellos a los que se acepta porque, explotando su inteligencia y sus fuerzas, pueden ser ganados con provecho, y aquellos, los innumerables, cuya muerte en realidad no es lamentada por los poderosos, porque es considerada, cínicamente, como remedio a la superpoblación. Y lo más importante de todo es que una vida según el consejo evangélico de la pobreza lleva a hacer la siguiente experiencia: ¡En verdad, una vida humana es posible! Lleva a una calidad de vida totalmente nueva y hace descubrir la propia vitalidad. Estando en comunión cordial con los “*outcasts*”, sin interés de aprovecharse de ellos, se puede aprender a reír, llorar, amar, llevar luto, bailar y celebrar.

Este proceso requiere tiempo y paciencia, y además revela con cuánta frecuencia una determinada formación religiosa sirve más para suprimir lo fundamentalmente humano que para ejercitarse en ello. Llevará tiempo disminuir el miedo, dejar de ser intocable y aceptar ser vulnerable. Sólo con el tiempo crecerá el coraje necesario para exponerse verdaderamente al mundo de los pobres, comer, trabajar, rezar, celebrar con ellos, y, ciertamente, escucharles realmente. Se necesitará paciencia tenaz para superar la tentación de sentirse superiores, de considerar a los pobres como si ellos mismos fueran los culpables de su miseria, y de preguntar por su “calidad moral” antes de ayudarles. Se necesitará tiempo antes de que las comunidades religiosas estén dispuestas a ser oasis de

22. J. B. Metz, *Zeit der Orden? Zur Mystik und Politik der Nachfolge*, Freiburg, 1977.

hospitalidad en las que se acepte sobre todo a las personas que están excluidas de las clases altas porque tienen poco. Este proceso de aprendizaje requiere estar honradamente dispuestos a ser criticados por otros, sobre todo por los pobres. Que los poderosos reprochen a los religiosos y a las religiosas que están “lejos de la realidad”, no es problema. Pero si no están dispuestos a escuchar la crítica de los pobres, cuando éstos les dicen cuánto en su modo de vivir y de verse a sí mismos es algo afectado, artificial, lejos de la realidad y de la práctica de Jesús, entonces corren el grave peligro de vivir contrariamente a su vocación y al Evangelio.

El consejo evangélico de la pobreza no tiene nada que ver con tacañería sin alegría. Además, en la tradición de Jesús, a una tal existencia profética no le compete el fanatismo ni la amargura de los que quieren “mejorar el mundo”. Y lo que no se puede es pretender seguir a Cristo sólo en lo “interior”. Entonces, “seguir a Cristo” se queda en un mundo de ilusiones piadosas, si no se va, decidida y consecuentemente, a los “pobres”, para quienes las bienaventuranzas siguen en vigor también hoy: hay que ir a las familias en situaciones de pobreza, a las mujeres sexualmente explotadas, a los niños que tienen que vivir en la calle, a los sin techo o sin trabajo, a los alcohólicos o drogadictos en medio de sociedades superdesarrolladas, a los emigrantes que desesperadamente buscan un lugar donde poder vivir con sus familias y a los que mueren, por miles, todos los días en las zonas de muerte de nuestro mundo, sin que de ellos haya noticia en los medios. Los que echan a andar por este camino harán todo lo posible para dar de comer a los hambrientos, sanar enfermos, expulsar demonios. Y son muy conscientes de que solo así pueden vivir la profundidad mística de su vida religiosa, que solo así pueden buscar y encontrar a Dios con radicalidad. Con total concreción y sin sofismas Jesús dice dónde puede ser encontrado y dónde es rechazado (Mt 25). Por el contrario, ¡cuán distantes, elitistas y vacías de realidad parecen muchas ofertas “espirituales”, comercializadas muchas veces, con las que se engaña a personas que están en búsqueda.

También las congregaciones religiosas necesitan, una y otra vez, que surjan profetas y profetisas que les recuerden su carisma más propio y que les critiquen cuando se han adaptado al “mundo”. Pero es bien sabido que la tarea de vivir según el consejo evangélico de la pobreza no puede ser solamente cosa de un individuo, sino que siempre tiene que ver con la comunidad entera. Es lamentable que muchas veces se ha retrocedido en la “práctica de la pobreza”, y ésta se ha convertido en caricatura, que mantiene al individuo y a los individuos en una especie de dependencia infantil, que va acompañada de ignorancia e irresponsabilidad económica. Una comunidad, una “red” de adultos, movidos todos por el mismo deseo de tomar en serio el Evangelio no puede dejar de hacer uso, pública y políticamente, de los recursos comunes, como son posesiones, educación e influencia. Esto exige la valentía de exponerse claramente en favor de los “pobres”, los privilegiados del anuncio del Reino de Dios, de estar de su parte

con todos los medios legítimos. Valentía hacia adentro y hacia afuera es una de las “virtudes evangélicas” más importantes en la vida religiosa. Habría que ejercitarla desde el noviciado.

Vivir según el consejo evangélico de la pobreza en responsabilidad comunitaria significa despedirse definitivamente de toda forma de “asistencialismo” y “paternalismo”. La “condescendencia” degrada a los pobres a objeto de previsión social, los encasilla en asimetría y dependencia, mientras que la “beneficencia”, tan ejercitada con buenas intenciones, oculta las estructuras de injusticia, y se hace cómplice de los que se aprovechan de ella. Finalmente hay que poner la base material de una comunidad religiosa al servicio de este compromiso, y hacer uso, sabia y efectivamente, de las posibilidades de las órdenes como red social global con siglos de experiencia. En esto debe quedar claro que lo específico de la llamada ignaciana a “discurrir por todo el mundo”²³ no puede consistir en compartir los privilegios del *jet set* internacional, sino en sentirse unidos al destino de los refugiados y emigrantes. “Discurrir por todo el mundo” prohíbe también contentarse con ser solidarios solo “entre nosotros”.

No se debe confundir una vida según el consejo evangélico de la pobreza con románticos sueños sociales, ni se debe abusar de ella para justificar la incompetencia económica. Realismo y competencia son necesarios, precisamente para servir a los pobres. San Ignacio había impuesto a su orden la forma más severa de pobreza, pero cuando fundó colegios les dio también recursos financieros. Así también las órdenes tienen hoy que poner una base económica sólida a su compromiso. Tienen que ser realistas, pero también tienen que usar sus energías creativas para fomentar el desarrollo de una economía alternativa, humana en servicio de la vida. El individuo y la comunidad siempre tendrán que moverse entre la radicalidad evangélica y las necesidades económicas. Es imposible fijar reglas de antemano. Y si, en definitiva, se trata, en verdad, de un “proyecto jesuánico”, el tono no lo debe poner la dureza sin comprensión, sino el trato comprensivo y compasivo con las flaquezas y necesidades ajenas, y también con las propias.

Por lo que toca a la credibilidad de los religiosos y religiosas, la pregunta decisiva no es si hacen concesiones o si a veces fracasan. Y también debe quedar en claro que una vida según los consejos evangélicos no es un bien que separa, de manera elitista, a los religiosos de los demás cristianos. Quien quiera tomar en serio el Evangelio tiene que decir si siente esa “inquietud santa” de ser “pobres con Cristo pobre” y de encontrarlo en este mundo en el “sacramento de los pobres”. Cuando de eso no queda rastro, entonces la sal ha perdido su sabor. Entonces los cristianos quizás pueden ser todavía “eficaces” en este mundo en sentido mundano. Pero ya no son “fructíferos” en el sentido del Reino de Dios.

23. I. de Loyola, “Constituciones de la Compañía de Jesús”, Nr. 605, en *Obras Completas...*, *óp. cit.*, p. 544.